

cedo, que supo conducirse con tino y prudencia. Acertada anduvo también la junta, y en ello dió un testimonio de su falta de ambición, en convocar otra junta general que representara todo el antiguo reino de Galicia, compuesta de un diputado por cada una de sus ciudades, para dar mas unidad, mas fuerza y mas autoridad á sus resoluciones. A ella fueron asociados el obispo de Orense, prelado que se hizo notable por su entereza y sus escritos, como luego veremos, el de Tuy, y el confesor que habia sido de la difunta princesa de Asturias don Andrés García.

Organizase rápidamente un ejército que con las tropas que regresaron de Oporto ascendía á unos cuarenta mil hombres, distinguiéndose entre los voluntarios el batallón que se formó de estudiantes de la universidad compostelana y al que se dió el nombre de batallón literario. Los trabajos de la junta soberana de Galicia marcharon con actividad, á pesar de las intrigas que para ver de paralizarlos ó entorpecerlos emplearon el ex-ministro de Gracia y Justicia don Pedro Acuña y el arzobispo de Santiago don Rafael Muzquiz, enemigos ambos de aquella patriótica empresa. También fué enviado un comisionado de Galicia á la Gran Bretaña, y el gobierno inglés respondió á su invitación facilitando cuantiosos auxilios á los insurrectos, y para mayor prueba del interés que tomaba por la causa de España, y de la importancia que esta iba teniendo ya á sus ojos, envió en calidad y con carácter de diplomático á sir Carlos Stuart. Lástima fué que la insurrección de Galicia comenzara ya á mancharse con algunos crímenes. En Orense fué muerto de un tiro un regidor á la puerta de las casas consistoriales por suponersele afecto á los franceses: y lo peor y mas grave fué el asesinato perpetrado despues en el general don Antonio Filangieri. Habíase este respetable militar apostado con sus tropas para defender la entrada de Galicia en las gargantas del Vierzo, estableciendo su cuartel general en Villafranca. Unos voluntarios de la Coruña que habian venido á incorporarse al ejército le asesinaron alevosamente en las calles de aquella villa. Horrible delito y fatalísimo ejemplo de indisciplina militar. Habíale ya sucedido en el mando el mayor general del ejército don Joaquín Blake, grandemente reputado por su instrucción y excelentes prendas (1).

Necesitábase todo el ardor patrio, toda la decisión, todo el ciego arrojo que entonces preocupaba los espíritus para lanzarse también las provincias de Castilla en las vías de la insurrección, llana como es la tierra, y tan próximas y amenazadas como estaban de los ejércitos franceses. Y sin embargo no se contuvieron, aunque veían lo caro que algunos lo pagaban. Fiada Segovia en su escuela militar de artillería, se atrevió á hacer frente á la fuerza francesa; pero atacada por el general Frère, mal manejadas las piezas por cadetes y paisanos, tuvieron estos que abandonarlas, y buscar su salvación fuera de la ciudad. Desastrosa fué la suerte que corrió el director del colegio don Miguel de Cevallos al irse á refugiarse en Valladolid. Estaban conteniendo el alzamiento de esta ciudad la chancillería y el capitán general don Gregorio de la Cuesta, buen español, pero militar celoso de la disciplina, y hombre duro de condicion, y de carácter obstinado. Fué menester que los que querían la sublevación, viéndose por él tan contraria-

(1) La junta habia separado ya á Filangieri, y nombrado en su lugar al brigadier cuartel-maestre general Blake, promoviendo á este al empleo de teniente general, «porque así lo pedian, decia el oficio, en voces y escritos todos los gallegos.» Ni el mérito, ni el carácter amable de Filangieri habian bastado en aquellos momentos de exaltación á ponerle á cubierto de la desconfianza popular, y la junta creyó conveniente contemperizar con el pueblo en este punto, pero lo hizo de la manera que menos podia ofender á aquel ilustrado jefe, fundándolo en que su delicada salud no le permitia sufrir las fatigas de una campaña activa, y que al mismo tiempo habia falta en la Coruña para ilustrar á la junta con sus conocimientos. Antes de emprender su viaje fué asesinado de la manera que hemos dicho. El general Blake su amigo dió las órdenes mas enérgicas para el pronto y ejemplar castigo de los perpetradores del crimen.—El conde de Toreno dice que estos fueron unos soldados del regimiento de Navarra, acaudillados por un sargento, resentidos con él y en venganza de haber trasladado antes aquel cuerpo de la Coruña al Ferrol, por sospechosos de estar en connivencia con los paisanos. Nuestra noticia está tomada de las Memorias inéditas del mismo general Blake, testigo del suceso y el que con mas exactitud pudo conocerle.

dos, dieran en la idea de levantar frente á su casa un patíbulo amenazándole con que le harían morir en él como traidor (dictado con que calificaba entonces el pueblo á todo el que censuraba de tibio), para que se decidiera, no ya solo á permitir la insurrección, sino á ponerse al frente de ella y guiarla, á fin de evitar que esta y otras de Castilla ensanchasen demasiado sus facultades, y para poder reprimir ó castigar los excesos ó crímenes que acaso se cometieran, como lo hizo en efecto aplicando la pena de muerte á los que en Palencia, Ciudad-Rodrigo y Madrigal mancharon el movimiento patriótico con el asesinato de autoridades ó de particulares. Mas no alcanzó sin duda á impedir el que en la misma ciudad de su residencia se ejecutó con circunstancias horribles en el director del colegio de Segovia don Miguel de Cevallos.

Habíase atribuido á traición de este desgraçado (y ya hemos dicho con qué facilidad hacia este juicio entonces el pueblo) el descalabro de aquella ciudad, y preso no lejos de ella, fué conducido á la de Valladolid en unión con su familia. Por imprevisión ó con malicia, entrábanlo por el Campo grande en ocasión que los insurrectos se ejercitaban en el manejo de las armas: él iba á caballo, la familia en coche detrás: desde el momento comenzaron á arrojarse piedras, de una de las cuales cayó al suelo: lanzóse entonces sobre él la multitud, en medio de los ayes lastimeros de su esposa que presenciaba la catástrofe, sin que sus lamentos commovieran aquellos empedernidos corazones. Un buen eclesiástico llamado Prieto creyó salvarle logrando que le metieran en un portal so pretexto de prepararle á morir con la confesion: piadoso, pero vano intento: allí fué el infeliz Cevallos acuchillado, y el ciego populacho arrastró despues su cadáver por las calles, arrojándole por último al río. Escenas cuya sola relación quebranta el alma, y que suelen ser consecuencias frecuentes de la exaltación popular.

Otros pueblos, como Logroño, sufrieron ellos mismos las consecuencias de esta exaltación, laudable por lo patriótica, pero imprudente por el peligro á que los exponía su proximidad á las tropas francesas. Así fué que apenas pronunciada aquella ciudad, acudió aceleradamente desde Vitoria el general Verdier con dos batallones, y usando del rigor que la ira le sugería, hizo pasar por las armas á varios vecinos de los que se averiguó ó se suponía haber sido parte mas principal en el alzamiento.

La mejor prueba de que estos impetuosos arranques de independencia no eran producto ni de planes y combinaciones concertadas entre los pueblos, ni del espíritu de imitación, sino resultados naturales del sentimiento nacional sobreexaltado por todas partes por unas mismas causas, es que con solos dos ó tres dias de diferencia en las zonas mas distantes de la Península, antes de poderse saber lo acontecido en el Norte y Occidente de España, se verificaban en las provincias meridionales de Andalucía y Extremadura iguales ó parecidas conmociones á las de Asturias, Galicia y Castilla. Vemos en los escritores que nos han precedido atribuir no poca influencia en las alteraciones del Mediodía á un oficio que el alcalde del pueblito de Móstoles (tres leguas de Madrid) pasó, á excitación de don Juan Perez Villamil secretario del almirantazgo y refugiado en aquel lugarcito, á otro alcalde inmediato, y que hizo circular rápidamente noticiando y describiendo con vivos y abultados colores el suceso del 2 de mayo en Madrid (2). Sin negar nosotros ni el celo ni el mérito de aquel funcionario, ni el buen efecto de la rápida propagación de la noticia, la verdad es que en Sevilla, primera ciudad de Andalucía que se levantó, reinaba el mismo descontento y la misma sorda agitación que en todas partes. Provocábanla á moverse el conde de Tilly, hombre de genio inquieto y revoltoso, y un forastero que allí se apareció llamado Tap y Nuñez, que á su fogosidad y á su despejo reunía la circunstancia de estar por su género de vida en mucha relación y ejercer cierta influencia con gente del comercio, y principalmente con

(2) Decía el parte del alcalde de Móstoles (que se conoce era mas sincero patriota que fuerte en ortografía): *La Patria está en peligro Madrid perez víctima de la Perfidia francesa: Españoles acudid á salvarlo Mayo 2 de 1808.—El Alcalde de Móstoles.*

los que se dedicaban como él al contrabando. Con esto, y con los motivos de disgusto, generales á todas las poblaciones, aumentados con la noticia de las renunciaciones de Bayona, se preparó y acordó el alzamiento para la tarde ó noche del 26 de mayo.

Allí sin embargo le inició la tropa misma, comenzando unos soldados del regimiento de Olivenza por acometer la real Maestranza y los almacenes de la pólvora, operación que mas favoreció que impidió un escuadrón de caballería que acudió á aquel paraje. Ello es que las masas del pueblo se tumultuaron y aglomaron instantáneamente, y en organizarlas se invirtió aquella noche. A la mañana siguiente se apoderaron de las casas consistoriales, y se formó una junta de veintitres personas distinguidas de la ciudad, que nombraba y proclamaba Tap y Nuñez, aunque apuntándole otros por lo bajo los nombres, algunos de los cuales, no conocidos de él, como forastero que era, fueron despues enemigos y perseguidores suyos. Dióse la presidencia de la junta al antiguo ministro de Hacienda don Francisco Saavedra, retirado en su confinamiento desde el tiempo del príncipe de la Paz; persona de mérito sobrado para aquella y para mayores honras, mas su edad, hábitos y carácter poco á propósito para tan turbados tiempos y tan serias tempestades como amenazaban. Confióse la vice-presidencia al arzobispo de Laodicea, y se dió cabida en la junta al P. Manuel Gil, aquel clérigo regular á quien Godoy en la época de su primer ministerio y privanza dijimos haber confinado al convento de los Toribios de Sevilla por la participación que le supuso en la trama que se habia urdido en palacio para reemplazarle en el favor de la reina con el célebre Malaspina; sujeto el P. Gil de edad ya proventa, pero que conservaba un corazón tan fogoso como en su juventud.

Ciudad Sevilla la mas importante, rica y populosa de las que se habian pronunciado, y llevada del deseo de formar un centro de dirección para la guerra, dió á su junta el título de *Suprema de España é Indias*, con tratamiento de *Alteza*; denominación que pareció presuntuosa y disgustó grandemente á otras provincias, y que sin embargo ella no modificó, pudiendo haber sido este empeño origen de graves discordias, si la sensatez y cordura de distinguidos patrióticos y la necesidad de concordia en el comun peligro no lo hubieran remediado. Deslustróse tambien aquel pronunciamiento con el asesinato del conde del Águila, que enviado por el ayuntamiento, como procurador que era, á tratar con la junta, encolerizada con él la plebe que estaba quejosa de la conducta del cuerpo municipal, y hecho conducir en clase de arrestado á la torre de la puerta de Triana, un grupo de gente feroz, y acaso instigada por algun oculto enemigo, penetró tras él en la prisión, y atándole al balcón de la torre le arcabuceó bárbaramente. Su muerte fué llorada por muchos. Por lo demás la junta de Sevilla obró desde el principio con vigor y actividad extraordinaria en todo lo relativo á alistamiento y armamento, y á su voz respondieron inmediatamente casi todas las poblaciones de Andalucía, formándose de su orden juntas subalternas en las que constaban de dos mil ó mas vecinos, que son muchas en aquel antiguo reino.

Interesábase sobre todo contar con la fuerza militar, á cuyo fin despachó un oficial de artillería al campo de San Roque, cuya comandancia desempeñaba don Francisco Javier Castaños. Este general, que tan ilustre y afamado se hizo despues, habia ya entablado por sí relaciones con el gobernador inglés de Gibraltar, sir Hugo Dalrymple. El enviado de Sevilla le acabó de decidir, y declarándose abiertamente por la causa nacional, la junta sevillana supo con satisfacción indecible que podia contar con el auxilio poderoso de cerca de nueve mil hombres de tropas regladas que tenia á sus órdenes Castaños, confiéndole desde luego el mando en jefe del ejército que estaba organizando; y nada en verdad mas conveniente ni mas merecido.

Otro emisario, el conde de Teba, oficial tambien de artillería, fué enviado á Cádiz, residencia ordinaria del capitán general del distrito. Éralo á la sazón y recientemente el marqués del Socorro, don Francisco Solano, á quien hemos visto antes en Portugal, y que ya otra vez habia desempeñado aquel cargo con mucha aceptación de paisanos y militares. Mas habia

aprendido ahora que considerada militarmente la situación de España era temeridad declarar la guerra á los franceses, é imbuido en esta idea, hablaba y se producía con gran recato y en términos que daba lugar á que se le tomase por adicto á aquellos, lo que en lenguaje de la época se traducía por traición. Cuando el de Teba le entregó los pliegos de la junta de Sevilla, discurrió eludir el compromiso convocando un consejo de generales, en que hiciera, como hizo, prevalecer la opinión de ser temeridad la resistencia á los franceses por las razones militares que en el informe se exponían; pero añadiendo que no habia inconveniente en hacer el alistamiento toda vez que el pueblo lo deseaba. Puesto en forma de bando tan extraño dictamen, hízole pregonar aquella misma noche con hachas de viento y con grande aparato y ceremonia, lo cual causó malísimo efecto en la población, tanto que indignada la muchedumbre se encaminó de rondon á la casa del general, donde un fogoso y despierto mancebo le arengó con desparpajo, y pidió á nombre de la ciudad que se declarara la guerra á los franceses y se intimara la rendición á su escuadra. Ofrecióle el general que serian cumplidos los deseos del pueblo, á cuyo efecto reuniría otra vez los generales; con lo cual se retiró la multitud, no sin allanar antes de disolverse la casa del cónsul de Francia, M. Le Roi, que tuvo que refugiarse á bordo de los buques de su nación.

En el consejo de generales del dia siguiente (29 de mayo) se convino en la necesidad de condescender con la petición popular, pero en otro de oficiales de marina se acordó que no se podia atacar la escuadra francesa sin evidente peligro de destrozar la española, interpolada todavía con ella. Por razonable que este acuerdo fuese, cuando se presentó un ayudante en la plaza de San Antonio á anunciarse al pueblo allí reunido, irritóse este de nuevo dirigiéndose otra vez en tumulto á la casa del general. Entre los que á ella subieron habia casualmente uno que desde lejos tenia cierta semejanza con Solano, y como aquel se asomase al balcón, tomóle la multitud por el general, y sus ademanes por signos de negativa á su petición, con lo cual creció su furor popular, y mientras unos hacían fuego á la casa, otros corrieron en busca de artillería, que trajeron y dispararon contra las puertas franqueándolas á cañonazos. Solano pudo huir por la azotea y refugiarse en la casa de un vecino, negociante irlandés. Mas no tardó en saberse, y en ser invadido el asilo, y descubierto y cogido el refugiado. Sacado de allí por la enfurecida turba, que gritaba: *¡á la horca! ¡levémole á la horca!* marchaba el infeliz Solano en medio de la feroz muchedumbre, oyendo toda clase de insultos, con faz serena, con mirada altiva, y al parecer con imperturbable continente, hasta que llegando á la plaza de San Juan de Dios, una mano alevosa le asestó tal herida que puso término á su vida y á sus padecimientos. Así acabó aquel general antes tan querido de los gaditanos, víctima del error de haber creído ó imposible ó temeraria la guerra contra Napoleon, y que si hubiera tenido la fortuna y el acierto de juzgar las cosas de otro modo y hubiera abrazado la causa popular, habria recogido gran cosecha de plácemes y aplausos, y probablemente tambien de laureles y de gloria.

Sucedióle el gobernador don Tomás de Morla, á quien la plaza de Cádiz debía, y no lo olvidaba, el haberla salvado en ocasión crítica de un ataque de los ingleses. Proclamóse solemnemente á Fernando VII y se formó una junta dependiente de la suprema de Sevilla (31 de mayo), que aprobó el nombramiento de Morla. El pueblo y la marina de Cádiz se pusieron prontamente de acuerdo con la escuadra inglesa, la cual ofreció á la junta de Sevilla el auxilio de cinco mil hombres que iban destinados á Gibraltar. En cuanto á las tropas de la plaza, quedaron solo las necesarias para guarnecerla, y se enviaron las otras al interior. Restaba rendir, que era el afán del pueblo, la flota francesa surta en el puerto, antes aliada y ya enemiga. Pasáronse algunos dias en contestaciones entre el general español Morla y el almirante francés Rossilly, en que este evidentemente buscaba cómo entretener con proposiciones y excusas, en tanto que mejoraba su posición, y metiéndose en el canal del arsenal de la Carraca ponía sus buques á cubierto de los fuegos de los castillos y de la escuadra española, hasta que Morla le intimó que no escuchaba ya otra proposi-

ción que la entrega á discreción, con cuya negativa de parte de Rossily se rompió el fuego (9 de junio). El almirante inglés ofreció su cooperación y asistencia, pero no se creyó necesaria, y no lo fué en efecto.

Comenzó el ataque rompiendo el fuego las baterías del Trocadero, sostenidas por las fuerzas sutiles del arsenal, con alguna, pero sin gran pérdida, de ambas partes en aquel día. En la tarde del siguiente izó Rossily la bandera española en el navío *Héroe* que él montaba, á cuya vista el comandante de nuestra flota don Juan Ruiz de Apodaca enarbó en el suyo, navío *Príncipe*, la de parlamento. En las nuevas pláticas logró todavía el almirante francés entretener hasta la noche del 13, en que se le intimó la simple é inmediata entrega, y en la mañana del 14 tremoló en el navío *Príncipe* la bandera de fuego: entonces Rossily se entregó á merced del vencedor: componiase su flota de cinco navíos y una fragata. Compréndese cuál sería el regocijo de los gaditanos con este triunfo, y cuál el de todos los españoles segun que se fuese sabiendo (1).

Aun antes que esto sucediese, y con sola la adhesión del general Castaños, habíase alentado la junta suprema de Sevilla á declarar solemnemente la guerra á la Francia (6 de junio), prometiendo no soltar las armas hasta que Fernando VII volviera á España en completa libertad y en la plenitud de sus sagrados derechos. Entre los documentos notables que publicó aquella junta lo fué mas que todos el que llevaba el título de *Prevenções*, dando reglas sobre el modo como había de hacerse la guerra; pero lo fué mas especialmente un artículo en que decía, que concluida aquella y restituido á su trono el rey Fernando VII «bajo él y por él se convocarán córtes, se reformarán los abusos, y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad; cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos sin necesidad de que vengan los.... franceses á enseñárnoslo...» Palabras, en que al tiempo que se condenaba el simulacro de córtes que Napoleón estaba celebrando en Bayona, se dejaba ya ver la idea política que además de la del derecho dinástico y de la independencia nacional guiaba á los españoles ilustrados que impulsaban aquella insurrección gloriosa. Esta junta había continuado promoviéndola con eficacia suma, no ya solo en Andalucía, sino hasta en las Canarias y en las posesiones españolas del Nuevo Mundo. En algunos puntos se había cometido algun desmán, y puede decirse que en todos se subordinaban las juntas á la suprema de Sevilla, á excepcion de la de Granada.

Conservando esta ciudad recuerdos y aun hábitos de su grandeza de otros tiempos, asiento tambien de una capitania general y de una antigua chancillería, no se acomodaba á recibir órdenes que no fuesen del gobierno central, y quiso obrar por sí misma y de su cuenta, bien que no cediendo á otra alguna en cuanto á esfuerzos y sacrificios por la causa comun. Allí tambien, como en Valladolid, fué menester que la población sublevada obligara al capitán general don Ventura Escalante, hombre pacífico y de menos genio militar que Cuesta, á ponerse al frente de la insurrección y de la junta (30 de mayo), de la cual fué principal y acalorado promovedor un monje jerónimo de resolución y de talento llamado el padre Puebla. Declaróse, como era consiguiente, la guerra á Bonaparte, se dictaron medidas enérgicas de armamento y defensa, se llamó para confiarle el mando de las tropas al gobernador militar de Málaga don Teodoro Reding, y se dió el cargo de organizarlas é instruir las al brigadier don Francisco Abadía. Envióse en comisión á Gibraltar para anunciar la insurrección en aquella plaza y obtener de su gobernador protección y recursos, á don Francisco Martínez de la Rosa, entonces joven

(1) La escuadra española se componía, exactamente lo mismo que la francesa, de cinco navíos y una fragata, además de las fuerzas sutiles. El gobierno dió tanta importancia á este suceso que creó una condecoración, que consistía en dos espadas cruzadas con un águila abatida pendiente, y el lema: *Rendición de la escuadra francesa*.—Apodaca fué al día siguiente destinado por la Junta á pasar á Londres en unión con Adrian Jácome, encargados los dos de una comisión importante. La escuadra quedó á cargo de don Estanislao Juez.—Apuntés biográficos de don Juan Ruiz de Apodaca, por don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

profesor de aquella universidad, ornamento despues de las letras y de la tribuna española. En breve dispuso la provincia de Granada de una fuerza armada considerable, y fué lástima que esfuerzos de tan generoso patriotismo se vieran empañados, bien que no por culpa de las nuevas autoridades, sino de la ciega y acalorada plebe, con el asesinato horrible de don Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga, dando lugar á que se creyera que en el odio popular y en el sacrificio de la víctima hubiera influido, tanto ó mas que en su anterior proceder, la circunstancia para él funesta de estar casado con doña Micaela Tudó, hermana de la querida de Godoy (2).

En poco había estado que Extremadura no se anticipara á todas las provincias con motivo de haber llegado á Badajoz antes que á otra ciudad alguna la noticia de los sucesos de Madrid circulada por el alcalde de Móstoles, pensando entonces el general Solano que allí mandaba muy de otro modo que para desgracia suya pensó despues. Las nuevas de haberse restablecido la tranquilidad en Madrid detuvieron el movimiento hasta el 30 de mayo, en que, al modo de lo que sucedió en la Coruña, incomodado el pueblo de que no se hubiera enarbó el día de San Fernando la bandera española, muy preparado ya á la revolución, una atrevida mujer, de las que mezcladas con la plebe recorrian en tumulto la muralla cogió una mecha y aplicándola á un cañon le disparó. No fué menester mas para que la gente se diera á correr por las calles atronando con los gritos de *Viva Fernando VII y mueran los franceses!* El conde de la Torre del Fresno, que había sucedido en la capitania general al general marqués del Socorro, corrió en Badajoz la misma desdichada suerte y tuvo igual azaroso fin que Solano en Cádiz: ligeramente calificado de traidor, asaltada su casa, fugado de ella, seguido y descubierto, murió como Solano á manos de la furiosa plebe, y su cadáver fué como el de aquel arrastrado. Era cada comocion un torrente desbordado: intentar contenerle con la prudencia era evidente temeridad, porque se traducía por imperdonable traicion. El pueblo nombró capitán general al brigadier de artillería don José Galluzo; formóse la junta superior de Extremadura, figurando entre sus mas señalados miembros don José María Calatrava, despues distinguido diputado y ministro de la corona; instaláronse otras juntas subalternas en diversas poblaciones; se activó el alistamiento, acudiendo los mozos con tal gusto que en breve se formó un ejército extremeño de veinte mil hombres; se dieron ascensos á los militares, y se cuidó de fortificar lo mejor posible la plaza, procurando ocultar su flaqueza y la escasez de su guarnición al general francés Kellermann, que mandaba diez mil hombres en la inmediata frontera del vecino reino de Portugal.

A la parte oriental de la Península se representaban escenas de igual índole á las que vamos describiendo. La primera explosión de la costa de Levante estalló en Cartagena. Puerto de mar, y el segundo departamento de la real armada, á las causas de disgusto se agregaba la de ser aquella ciudad una de las que mas habían sentido los efectos de los desastres de la marina española, y la voz siniestra que se esparció del destino que se pensaba dar á la escuadra de las Baleares. Desde

(2) Otros dos asesinatos se cometieron algun tiempo despues en las personas del corregidor de Velez-Málaga y de don Bernabé Portillo, á quien se debía la introducción del cultivo del algodón en la costa de Granada.—Estos sujetos se hallaban presos en el convento de la Cartuja para librarlos mejor de la ira popular. Hé aquí cómo cuenta Toreno las circunstancias harto repugnantes de su muerte.—«El 23 de junio, día de la octava del Corpus, había en aquel monasterio, una procesion. Desparchábase por los monjes con motivo de la fiesta mucho vino de su cocha, y un lego era el encargado de la venta. Viendo este á los concurrentes alegres y enardecidos con el mucho beber, díjoles: *Mas valía no dejar impunes á los dos traidores que tenemos adentro*. No fué necesario repetir la aleve insinuación á hombres ebrios y casi fuera de sentido. Entraron en el monasterio, sacaron á los dos infelices y los apuñalaron en el Triunfo.—Sañudo el pueblo parecía inclinarse á ejecutar nuevos horros, maliciosamente incitado por un fraile de nombre Roldan.... Por dicha el síndico del comun llamado Garcilaso distrajo la atención de los sediciosos... La autoridad no desperdió la noche que sobrevino; prendió á varios, y de ellos hizo ahorcar á nueve, que cubiertas las cabezas con velo, se suspendieron en el patíbulo, enviando despues á presidio al fraile Roldan.»—Historia de la Revolución, etc., lib. III.

los primeros momentos de la insurrección el cónsul de Francia se refugió en un buque danés; el capitán general del departamento don Francisco de Borja fué depuesto, reemplazándole don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y en la junta que se formó entraron personas tan distinguidas como el sabio marino don Gabriel Ciscar. A ejemplo de Cartagena levantáronse inmediatamente poblaciones de la importancia de Murcia, donde se distinguieron por su entusiasmo los estudiantes del colegio de San Fulgencio; como Villena, que para dar lustre á su junta tuvo la fortuna de poderle asociar al respetable y anciano conde de Floridablanca, el ilustre ministro de Cárlos III, allí retirado desde los primeros tiempos de Cárlos IV. Dióse el mando de las tropas al antiguo coronel de milicias don Pedro González de Llamas. Afeáronse por desgracia estos pronunciamientos con el asesinato del general Borja en Cartagena, y con el del corregidor en Villena.

Pero tales excesos cometidos por la plebe, casi siempre ciega en momentos de exaltación, por noble que sea la causa que la mueva á desbordarse y á romper todos los frenos de la obediencia; tales excesos, lamentables siempre y siempre abominables aunque parciales y aislados, van á quedar oscurecidos al lado de los horribles crímenes, parecidos solo á los de las sangrientas jornadas de la revolución francesa, que mancharon la insurrección de la reina del Turia, de la alegre y bulliciosa Valencia.

Allí, como en otras partes, se anticipó la explosión sobrecogiendo á los mismos que la tenían proyectada. Hacía algun tiempo que estaban fomentando el odio del pueblo valenciano á la dominación y al aleve proceder de los franceses, dos hermanos, que aunque pertenecientes á una familia que se había confundido con la clase popular, se habían elevado por su posición industrial, por su inteligencia en los negocios, por servicios de importancia hechos á la población, á una altura que les daba un privilegio y una influencia legítima entre sus conciudadanos. Estos dos personajes, cuyo apellido ha sonado desde entonces en casi todos los acontecimientos políticos de España, eran los hermanos don Vicente y don Manuel Bertran de Lis. De acuerdo, y acaso excitados por un pariente que residía en la corte, habían meditado y preparado en Valencia un pronunciamiento contra los franceses y en favor del rey Fernando y de la independencia española. Pasos habían dado en este sentido de gran compromiso para ellos, ya con la corporación municipal, ya en la misma corte, ya en reuniones clandestinas con sus amigos de la población, y ya, lo que era mas grave, distribuyendo dinero, armas y municiones al pueblo, con cuya adhesión y propicia disposición contaban. Pero el sacudimiento se precipitó, como hemos indicado.

Reunida, como de costumbre, la mañana del 23 de mayo multitud de gente en la plaza de las Pasas á esperar con la impaciencia y la agitación de entonces el correo de Madrid, recibióse y se leyó la Gaceta que contenía las renuncias de Bayona y la transmisión de la corona de España á Napoleón. Apenas concluida la lectura, resonó el grito de: *Viva Fernando VII y mueran los franceses!* que repitió desafortunadamente la multitud: las masas acrecían por instantes, el tumulto arreciaba, y la muchedumbre se encaminó á la audiencia, cuya corporación deliberaba ya sobre la imponente actitud del pueblo. Un grupo de este, á cuya cabeza iba el religioso franciscano Fr. Juan Martí, penetró en aquel salón histórico, cuyos muros cubrían los venerables retratos de los mas ilustres personajes valencianos de otros siglos. El P. Martí expuso á la asamblea los deseos y la petición del pueblo: la contestación, si bien en ella se accedía á la formación de un alistamiento, no era bastante para calmar la exaltación popular. Leyóla el padre Rico, otro religioso franciscano, que por su carácter enérgico, su elocuencia y su intrepidez, ejercía grande ascendiente en las masas. Disgustada estas con la tibia contestación de la audiencia, volvió el P. Rico á hablar en su nombre, y á explañar sus deseos, añadiendo: «Esta es la voz de un pueblo, que resuelto á preferir la muerte á la esclavitud, ocupa ya los atrios de este sagrado edificio, las avenidas de las calles contiguas, y por do quiera proclama á Fernando VII por rey legítimo de España.» Respondió el presidente que la causa que proclamaba el pueblo valenciano no podía ser mas

justa ni mas digna de todo buen español, pero que no se debía proceder con ligereza, porque era temeridad alzarse Valencia sola contra el poder colosal de Napoleón sin saber lo que harían otros pueblos, y hallándose el reino sin tropas, sin armas y sin recursos. El pueblo no estaba para darse por satisfecho con tales miramientos y reflexiones.

Entre tanto en la plaza de las Pasas, donde se había agolpado inmenso gentío, representábase una escena, que acaso mas gráficamente que otra alguna, pinta el carácter de estos movimientos. Cansada allí la muchedumbre de esperar la resolución de la audiencia, enfadóse uno conocido por el *Palleter*, porque vendía pajuelas (1), y desceñándose su faja encarnada y haciéndola girones que repartió entre sus compañeros, ató la mas ancha de las tiras á la punta de una caña, juntamente con el retrato del rey y una estampa de la Virgen de los Desamparados, y enarbó su improvisada bandera y acaudillando numerosos grupos que le seguían llenos de entusiasmo y alborozo, pasó á la plaza del Mercado, donde encaramándose en una silla declaró solemnemente la guerra al gigante de Europa, diciendo en el dialecto del país: «*Un pobre palleter li declara la guerra á Napoleon. Viva Fernando VII y mueran els traidors* (un pobre vendedor de pajuelas le declara la guerra á Napoleón: viva Fernando VII y mueran los traidores).» Cuadro singular, ante el cual aparecía descolorido el de Massaniello en Nápoles. No nos detendremos á describir todos los pasos, incidentes y pormenores de la revolución de Valencia que suministran las historias particulares de aquella ciudad, la exaltación febril que con la escena del palleter se apoderó del pueblo, cómo fué nombrado capitán general el conde de Cervellón, cómo penetró la plebe y se enseñoreó de la ciudadela, cómo se constituyó una junta de personas notables, y el manejo y arteificio con que fueron conduciendo el movimiento en su primer período el P. Rico, los dos hermanos Bertran de Lis, el capitán del regimiento de Saboya don Vicente González Moreno (2), Vidal, Ordoñez, y algunos otros que gozaban de popularidad, y á cuya influencia y dirección se debió que la insurrección en medio de tanta efervescencia ni hiciera víctimas ni se manchara de sangre.

Un rumor falso, unido á una voz alarmante que por desgracia no carecía de fundamento, dió ocasion á que se cometiera el primer crimen, abriendo el camino á los horrores en que despues excedió á todas esta revolución. Había sido nombrado individuo de la junta como representante de la nobleza el baron de Albalat don Miguel de Saavedra, el cual, huyendo de los disturbios que suelen acompañar á estos trastornos, se retiró en busca de quietud á la villa de Requena. Esparcieron sus enemigos la especie de que se había marchado á Madrid á ofrecer su persona y sus servicios á Murat. El vulgo que en tales momentos da fácil acogida á toda clase de calumnias, y que recordó que en otro tiempo había sido de los que promovieron el establecimiento de la milicia provincial en Valencia que produjo la comocion de que hemos hablado en otra parte, tuvo bastante para calificarle de traidor. La imputación no podía ser mas injusta, pero sus amigos, y principalmente su compañero el conde de Castelar, le aconsejaron y rogaron que volviese á la ciudad para que dispacara con su presencia sospecha tan innecesaria. Condescendió á ello el de Albalat, saliendo con este objeto de Requena, pero en tan mala ocasion para desgracia suya como vamos á ver.

El Acuerdo, y con él el capitán general conde de la Conquista, habían comunicado subrepticamente á Madrid todo lo sucedido, disculpándose y pidiendo auxilios de tropas para sujetar la revolución. Algo de esto se había traslucido en el pueblo, y Bertran de Lis había destacado una partida de sesenta hombres á esperar el correo de Madrid y apoderarse de la correspondencia. Por una coincidencia fatal el de Albalat y el correo llegaron juntos á la venta del Poyo, con lo cual se

(1) Vicente Domenech era su nombre.

(2) Este Moreno se titulaba entonces «Comandante del pueblo soberano» y años adelante fué uno de los agentes mas decididos y mas crueles del absolutismo al servicio del infante don Cárlos, pretendiente á la corona de España.